

Juan Antonio Arbeloa Arbeloa

II-1990

Nació en Aibar (Navarra), de cuyo paisaje y recuerdos se nutren algunos de sus relatos. Reside actualmente en Barañáin (Navarra).

Maestro de Educación Infantil en el Colegio Público Ermitagaña, en Pamplona. En 1991 fue galardonado por el M.E.C. con el Tercer Premio Nacional a la Innovación Educativa por su trabajo «Ladrillo a ladrillo».

Autor de numerosos relatos, ha obtenido los premios literarios *Tomás Fermín de Arteta, Ciudad de Burlada, Ayuntamiento de Barañáin, Villa de Azagra* y *Pedro de Atarrabia*, Villava, en 1990 y 1993.

En 1991 el Gobierno de Navarra le concedió una Ayuda a la Creación Literaria.

Tiene publicado un libro de relatos: «Relatos Aciagos».

HISTORIA DE YO
(EXPLORADOR URBANO)



eticulaba los montones de basura con la minuciosidad de un investigador de laboratorio. Marcos tenía sesenta años y unas ganas tremendas de irse a vivir junto al mar. «De este verano no pasa», se decía. Pero pasaba. Y aunque el otoño y el invierno aletargaran la idea, no conseguía borrársela de la cabeza. «De este verano no pasa, rediós», mascullaba mientras circundaba los espacios previstos como provisionales basureros.

El mejor momento para efectuar el recorrido era al amanecer. Por la noche, no. Por la noche uno se podía joder de frío y, además, pasarle desapercibidos objetos a causa de la oscuridad. Al amanecer, sí. Al amanecer percibía todo enseguida, con un simple golpe de vista, y aún no era excesiva la gente que transitaba por las calles.

Al principio salía de la pensión con el sol ya bien situado en el horizonte, un rato antes de que los mastodónticos camiones llegaran y engulleran con voraz apetito aquella porrada de desperdicios. Tenía la ventaja de poder disfrutar más tiempo entre las sábanas, más el inconveniente de soportar miradas furtivas desde las ventanas, de escuchar murmullos estúpidos que se disipaban en sonrisas taimadas y, sobre todo, sentir el aprecio conmiserativo de algunas damas recién pintadas, a quienes la presencia de Marcos parecía proporcionarles la dosis suficiente de grandeza que enaltecía su desaforada imbecilidad. *«Seguramente creerán que soy un pordiosero, que no tengo donde caerme muerto»*, pensaba.

Ahora no. Ahora, apenas despuntaba el día, él iniciaba su recorrido: lunes y miércoles, la ZONA UNO, que comprendía las barriadas limítrofes; martes y jueves, la ZONA DOS, incluyendo los barrios de moda y los ensanches de la ciudad; el viernes, o bien deambulaba por el casco antiguo o buceaba por lugares aún inexplorados. Apenas unos colegiales uniformados, que esperaban al autobús, eran testigos fijos en cualquiera de las zonas por las que se movía. *«Son igual que una plaga»*, farfullaba. También, con relativa frecuencia, solía cruzarse con una joven pareja. Lo habitual era que discutieran.

–Esta situación te parecerá normal a ti –le reprochaba ella.

–¿A mí? –se detenía, se presionaba el pecho con el índice–. En absoluto –replicaba él.

Y seguían caminando, distanciados prudencialmente el uno del otro, tan abstraídos en sus pensamientos, que Marcos dudaba que hubieran reparado en su presencia. Sin embargo, para él ya formaban parte de su mundo real y del mundo producto de su fantasía. Hasta llegaron a jugar un papel protagonista en alguna de sus pesadillas. Mientras contemplaba con extrañeza la luna rojiza que sobrevolaba los rimeros de bolsas, percibió un hedor nauseabundo. Se pinzó la nariz con los dedos y, conforme se acercaba, pudo ver el hilillo de sangre que fluía del fondo de una de ellas, el mechón de cabello negro que asomaba por una rotura del plástico y, con espanto, creyó adivinar la cabeza de la chica envuelta en hojas de periódico. Todo concluyó con una convulsión que le despejó hasta el alma. Pero gracias a Dios sólo se trataba de un mal sueño. Y aunque la pesadilla no se repitiera, Marcos no se sentía aliviado hasta que los veía pasar (discutiendo, como siempre) y ella le increpaba que no, que aquella situación le parecería normal a él.

Desde entonces, las bolsas... ni las miraba; negras o blancas, uno se podía imaginar su contenido. Eran los diferentes trastos que los ciudadanos solían depositar sin embalajes de ningún tipo los que le interesaban. Se plantaba ante ellos unos segundos, tal vez unos minutos, para ver si le evocaban alguna reminiscencia de su pasado, para imaginar siquiera una historia en la que involucrarlos. Si alguno en concreto le provocaba esa sensación especial que

le erizaba la piel o suscitaba el escalofrío, lo recogía y lo llevaba a la pensión. Allí lo limpiaba, le ajustaba lo que fuera posible ajustar, y pasaba a formar parte de su *galería de utensilios*, una especie de rastrillo que él denominaba museo. Qué suerte que doña Pía accediera, al fin, a dejarle aquel cuartucho, mansión hasta entonces de ratones y de arañas.

Los mejores días de la semana eran los lunes y los jueves. La sorpresa de los lunes guardaba relación con la cantidad, mientras que los jueves imperaba la calidad. Los lunes no eran sino el reflejo del sábado y del domingo (días en que no se efectuaba la recogida), con montículos de bolsas que alcanzaban un par de metros. Los jueves suponían todo un recreo para la retina. ¡Qué gran día! El Ayuntamiento permitía tirar muebles, electrodomésticos y todo tipo de armatostes, para cuya recogida se incrementaba la flota de camiones. Lo mismo podía contemplarlo todo cómodamente sentado en un sillón de eskay –Zona Uno–, o incluso de tela –Zona Dos–, que escribir sus primeras anotaciones sobre una desvencijada mesa de formica –Zona Uno–, o de pino –Zona Dos–. Marcos podía comprobar cómo, a pesar de que la gente prosperaba, las zonas Uno y Dos nunca coincidían, nunca se pillaban. ¡Qué gran día el jueves! ¡Todo un recreo para la retina!

Tras el recorrido, con la ciudad más o menos despierta, solía acercarse por la vieja estación de ferrocarril. Le entusiasmaba escuchar la sinfonía de traqueteos y pitidos, perderse entre los transeúntes que deambulaban de la taquilla al bar, del bar al andén, que consultaban el reloj, se desesperaban ante la tardanza o mostraban su alegría por la anunciada proximidad del tren.

Su llegada a la estación coincidía con la partida del *Sol de Levante*. Entonces el bar se transformaba: se quedaba vacío, libre de aquella turbamulta que instantes antes reclamara con premura sus consumiciones, con apenas una decena de posibles viajeros. Era el momento idóneo para entonar el cuerpo con un buen café con leche y para charlar con Javier, uno de los camareros.

–¿Hoy tocaba hurgar en las basuras de los ricos o de nuevo has rondado por mi barrio? –preguntó el camarero.

–Tú siempre riéndote de mí, jodido –se sentó junto a la puerta de acceso al andén. Intentó disimular el saco ocultando parte de él bajo la mesa–. Ponme un cafetico bien caliente, majo.

–Hace más fresco que otros días, ¿eh? –Javier secaba con el paño aquellos vasos ovalados, primos catorce de Sèvres o Bohemia, los alineaba boca abajo en las estanterías.

–Yo tengo más frío, sí –se quitó los guantes de lana. Tendría que zurcirlos a conciencia esa misma noche o los dedos acabarían por escapársele por los agujeros.

–¿Algo interesante hoy, Marcos? –el camarero calentaba todavía más el café en el vaporizador. Le parecía increíble que alguien pudiera beberlo a tan alta temperatura sin que se le escaldara la lengua.

–Yo aprendo en las basuras más que en los libros.

–¡Ya! Y de cuando en cuando te pringas de mierda –se carcajeó estentóreamente, y atrajo la atención de los escasos clientes, que alzaban la vista del periódico, dejaban de sorber el café, mordían el bollo suizo o la torta de chanchigorri a cámara lenta con tal de soslayar siquiera el motivo de la jerigonza.

–Yo no –replicó Marcos–. Tú bien que lo sabes. Yo mirar... miro mucho, siento curiosidad; pero de rebuscar como un perro... nada de nada –hizo el ademán de sellarse los labios con el índice, conminando a Javier a que se callara.

Javier, a pesar de su socarronería, era un pedazo de pan, que con bastante frecuencia le convidaba a un *pincho* de tortilla regado con un mosto o un *chiquito* de clarete.

–El Ayuntamiento va a colocar contenedores –le sirvió el café con un donut (el bollo corría por cuenta de la casa)–. Lo han dicho por la radio. Hasta van a convocar un concurso.

–¡Bah! ¡Pamplinas!– dijo como si no le diera importancia, mas su tono de voz denotaba al menos una ligera preocupación.

–Pronto tendrás que levantar las tapas si...

–Yo las tapas no las levanto, mecagüen diez –le cortó tajante, sin permitirle acabar la frase.

–Pues... se acabaron las historias.

–Pues que se acaben –apuraba el café cucharada a cucharada, primero, sorbo a sorbo, después.

–¡No te hagas el duro, Marcos! ¿Y ese saco? –debido a su considerable tamaño era ciertamente difícil no reparar en él.

–Llevo una cuna.

–¿Una cuna? –el camarero no salía de su asombro–. ¿Y de la basura?

–¿Y de dónde si no, jodido? ¿Acaso te piensas que la he robado de una tienda de Prenatal? Dame cuatro o cinco servilletas.

–¿Tan larga es la historia?

–¡Quién sabe! Luego te la cuento.

Luego escucharía de sus labios la historia. Otra más. Pero antes tendría que desvelarle el final de la anterior. ¿En qué desencadenó, al fin, aquella botella de ginebra?

«Posiblemente se tratara del último botellín de cola que quedaba en el frigorífico. Él y ella (incógnitos) se encontraban a gusto. «¿La compartimos con diez gotas de ginebra?». Él asintió con un mohín que intentó resultara gracioso. Se acercó un poco más. Cómo un tresillo podía crear un espacio tan amplio, tan distante… Se levantó y extrajo del mueble-bar la botella de gin. Vertió un buen chorretón en los vasos (¿por cuánto se multiplicaron las diez gotas? ¿Por diez, por cien, por mil?). Ya más animados se atrevieron a despojarse de sus miedos. Él le habló de sus amores truncados. Ella de su desamor, de los amores que no lo fueron…»

–Mira, majo –le dijo–, tras una botella de ginebra lo mismo puede ocultarse una historia de amor, una vida en la nube o, quién sabe, el último trago (el empellón) del suicida.

Marcos dudaba, como casi siempre, entre si tomar el camino de la vida o el de la muerte ¿tenía camino la muerte o era sólo fin, llegada, tal vez barrera?

–¡Qué barrera ni qué ocho cuartos! –refunfuñaba doña Pía–. ¿Sabes qué es la muerte, eh? La muerte es la trampa perfecta en la que caemos todos los animales. Eso es la muerte –sentenciaba–. Lo demás no son más que macanas.

¿Cómo habría decidido encaminar la historia? ¿Quién asumiría el papel protagonista: el amante, el soñador o el suicida? A Javier, que pasaba la mitad de su vida entre bebidas de todas las clases, jamás le pasó por la imaginación nada relativo a ellas. Y va el buen Marcos y, muy serio, le plantea una historia acerca de una botella de ginebra. ¡Marcos andaba tocado del ala! Claro que el que no tiene nada que hacer, con el culo mata moscas, pensaba. ¿Qué se urdiría ahora en su cabeza? Le miró de reojo, pero Marcos reparó en aquella mirada.

«La cuna está casi nueva, rediós. Puede que el niño haya muerto o que se haya hecho mayor. Pero yo creo más probable que el niño ocupe ya una cama y, claro, sin hermanos pequeños a quienes dejar herederos, no fuera más que un estorbo en el piso. Ella –la madre– le pidió a su marido que la tirara: «Oye, mañana mismo… a la basura, que no hago más que darme golpetazos contra ella. Mira, mira…, si hasta tengo las piernas llenas de moratones…». Y él: «Pero mujer…, ¡si parece nueva! A lo mejor cabe en un hueco de la despensa. ¿Quién sabe si el día menos pensado nos viene otro crío!». Y ella: «¿Otro? –habría alzado muchísimo el tono de voz, seguro–. ¿Otro? ¡Antes te la cortas, majo!».

Así pues, la hipótesis de la muerte la descartaba. De haberse muerto hubieran conservado la cuna un tiempo. Luego, una vez mitigado el dolor, otro niño habría venido para llenar el hueco físico –la cuna– y el emocional –la pérdida del hijo–. Además, ¿por qué tenía que morir? ¿Acaso su vieja imaginación no era capaz de plantear otras hipótesis, de encauzar aquella historia por derroteros más esperanzadores? ¡Ni hablar! ¡El niño viviría! ¡Y mucho tiempo! ¡Los niños no se morían así como así!

«El niño se hará mayor, y a lo mejor llega a ministro. Bueno, a ministro… no; mejor pero mucho mejor que sea electricista, o basurero, o maquinista, o, incluso, poeta. Si llega a poeta es posible que escri-

ba alguna frase bonita que merezca la pena como: Qué majos son el sol y la luna y las estrellas (y el mar seguro que tanto o más), pero, claro, escrito con los adornos que sea menester y con palabras bonitas como las que emplean los poetas, y que, a veces, hay que buscar su significado en el diccionario. De ministro, no. De ministro diría las mismas sinsorgadas que dicen todos los ministros. Ni siquiera alcalde. Alcalde tampoco. Que a lo peor hasta ordenaba colocar contenedores para la basura. ¡Mejor poeta, mecagüen! Así, cuando le visite la melancolía –y a los poetas les visita con bastante frecuencia–, puede que en un intento de reconstruir su pasado, de disponer en su sitio las primeras piezas de un puzzle que poco a poco se conformaba, pregunte a sus padres acerca de su nacimiento y primeros años de infancia. Y seguro que saldrá a colación la cuna. Tan seguro como que enseguida su madre la comparará con la que ella tuvo, «no te creas que tan nueva y tan apañada como la tuya», una de tercera mano, destartalada y con unos barrotes que habían engordado con el paso de los años debido a las distintas manos de pintura: marrón, color original, y propiedad de su hermano León, el primogénito de la familia; azul claro tras la reforma llevada a cabo para Sergio, cuyos ojos conjuntaban con la cuna; rosa pálido para la niña, al fin, tan deseada. ¡Menuda broma si llega a nacer otro mocete! Sin embargo, él había tenido más suerte que ella y que sus tíos: una cuna nueva, y vestida que daba gusto verla. «Si parece que era ayer mismo cuando te mecía en ella… ¡Pero qué pronto creciste! Imagínate que tu padre la tiró a la basura completamente nueva!». «¿A la basura? –preguntará él con extrañeza–. ¿A la basura?». Sonaba un poco duro, sí. Y puede que el hijo mude la expresión.

Si llega a ser poeta recorrerá rastrillos y museos, porque ya se sabe que los poetas son extravagantes y les gustan las cosas más disparatadas. Y sería el sumun que un día visitara el mío (he de pensar por mediación de quién se entera que yo he montado mi propio museo; ya veré; a veces la imaginación no trabaja todo lo deprisa que uno quisiera). El caso es que lo visita. Imaginemos que él es poeta para los dieciocho años, y que le da por visitar mi rastrillo-museo a los veinte, entonces yo, que tengo sesenta, ya rondaré los ochenta. Eso, claro, si aún sigo aquí, si no me he marchado a vivir junto al mar, que menudas ganas tengo. Javier me cuenta que las olas arrastran hasta la orilla (si es mar se llama también playa) toda clase de objetos procedentes de sabe

Dios dónde, lo mismo de la China que de Valencia o Bilbao, porque el mar es muy grande y pasa por muchos sitios. Pero… ¡ojo!, mucho cuidado cuando hay RE-SA-CA, eso es, resaca, porque entonces el mar parece arrepentirse de su generosidad y lucha por recuperar sus regalos. De todas formas, si me da por irme a ver olas, la dejaré al cuidado de todo a doña Pía, la dueña de la pensión, que a pesar de que me tache de asqueroso más que asqueroso por llenarle la casa de trastos, enseguida les toma cariño a los objetos, los ordena y hasta les quita el polvo. Pero, a lo que íbamos: el poeta contemplará cada uno de los cachivaches: los candelabros, la gigantesca radio en la que Gregorio, un imaginario amigo, escuchaba un programa de «Pérdidas y Hallazgos», el baúl, que lo mismo parece sacado de una película de piratas, los cuadros…; pero se detendrá de manera especial ante la cuna, no porque crea que se trata de la suya, qué va, sino recordando las palabras de su madre. Ay, si la buena mujer se hubiera extendido un pelín más en los detalles…: «Mira, hijo, tu cuna era de madera lacada en blanco, con los barrotes acabados en punta roma para que, en el caso de golpearte contra ellos, no te hicieras un chichón o algo peor, y con una luna plateada, eficaz amuleto contra el hechizo de luna, porque la luna nos trae, la luna nos lleva». Aquella luna plateada –en fase de cuarto creciente, para ser más precisos– aún relucía en el universo de la cabecera de la cuna, justo treinta y dos centímetros encima de una mullida cosconera de alegres colores. Ay, si la buena mujer se hubiera extendido un pelín más en los detalles… (al menos en lo referente a la luna de plata), quizá al poeta le picara el gusanillo al verla tan igual (porque yo nunca altero los objetos que recojo; a lo sumo les restrego la roña y los froto con un trapo para sacarles el brillo, pero conservan toda su originalidad) preguntara: »¿Un recuerdo de su nieto, eh?», más que nada por tirarme de la lengua, no porque de verdad lo pensara. Y yo, «¿de mi nieto? ¡Qué va! ¡Qué va!» Y a rememorar en un santiamén la historia. A recordar la amanecida junto a las torres de pisos, frente a esa cuna –la suya– tirada a la basura porque el poeta –el que iba a serlo– ya ocupaba una cama porque se había hecho mayor… ¿Le apetecía una copa de vinorrancio o de pacharán? De coñac y güisqui… nada de nada, pero vinorrancio y pacharán todo el que quisiera…».

–¿Un *pincho* de tortilla de setas, Marcos? –la voz del camarero retumbó en sus oídos. Por unos momentos había llegado a perder

la noción del tiempo y del espacio, y tuvo la extraña sensación de regresar de un largo viaje, indefinible, precisamente en ese electrotrén que chirriaba denterosamente en la Vía 1, y que le evitó preguntar la hora. Era mediodía. El ambiente del bar se había caldeado, y no sólo a causa de las tortillas de patatas o setas que todavía humeaban sobre el mostrador, y que Javier fraccionaba con habilidad en raciones triangulares casi perfectas, sino por el hervor de murmullos, debido al bullicio que armaban varios soldados recién llegados, que pregonaban a los cuatro vientos con un júbilo incontenible *«la blanca, la blanca»*, e improvisaban jotas y pachangueras. –¿Quiéres el *pincho* de tortilla o no? –insistió el camarero. Marcos ya le había oído, ya; mas sentía clavarse en él, como si de crueles aguijonazos se trataran, las miradas escrutadoras, y algunos coros de risitas hirieron su orgullo. Hasta los soldados parecían haberse fijado en él y en el saco, y no tardarían demasiado en tomarle el pelo. Embarazado ante aquella situación, le hizo una indicación negativa con la cabeza, tomó el saco y emprendió la marcha de regreso a casa. Javier salió disparado de la barra. –Oye, Marcos ¿y la historia?

–No te preocupes... que no se muere.

–¿Que no se muere? ¿Quién no se muere?

–¿Quién va a ser? El niño de la cuna.

Un tren mercancías trasegó la estación cargado de automóviles. ¿Cuántos? Marcos sólo pudo contar hasta veintiuno. ¡Cagüen! El tren corría mucho más deprisa que su vista. La próxima vez se limitaría a contar los coches transportados en un vagón. Luego, con llevar la cuenta del número de vagones que la locomotora arrastraba, el resultado saldría más o menos exacto.

Los traqueteos dieron paso en un corto espacio de tiempo a estridentes bocinas y a diabólicos frenazos: eran los gritos de una ciudad despierta, una ciudad a la que no le quedaba paciencia para nada.

Transcurrieron varios meses hasta que las *pamplinas* cobraron color y forma. Y Marcos observó cariacontecido, con la tristeza

reflejada en su rostro, cómo verdes contenedores ocultaban en sus cúbicas entrañas la materia prima de sus historias. ¡Le habían hecho la pascua, rediós! ¡Le habían hecho la pascua!

Apenas si salía de casa. Mataba los ratos entre su museo y su cuarto. Revisaba reiteradamente los objetos, como si tratara de estrujar hasta el límite toda la vida encerrada en ellos.

–No sé yo si al pintor le caía muy bien este hombre –vacilaba doña Pía ante el retrato de un señor talludo y ojeroso–. Fíjate, Marcos, qué colores tan mustios. Para mí que el pintor le dejó de pintar adrede unos cuantos rasgos.

–También un pintor muy famoso pintó a los reyes muy feos.

–¡A ver si sólo los pobres vamos a tener que serlo!

–Pero el caso es que no lo eran tanto. Al menos eso nos explicaba el maestro. Mi maestro se llamaba Cosme. Recuerdo que no se cansaba de repetirnos que al principio de cada oración siempre había que colocar el sujeto.

Los objetos llenaban la habitación perfectamente alineados. Debido a la estrechez del cuarto, desde el pasillo central podían llegar a tocarse los de uno y otro lado. Así, al entrar, y gracias a la luz de una minúscula ventanilla de apenas cuarenta centímetros de lado, si el visitante extendía sus brazos podía palpar con la mano izquierda la cómoda, con la derecha un armario de dos cuerpos; un paso adelante, un perchero y una enorme radio eran los objetos que aparecían enfrentados; al tercer paso (siempre que no fuera muy largo) uno se topaba con la mesilla estilo Luis no sé cuántos –encima de ella, los candelabros– y con un baúl con flejes de hierro que, por lo general, permanecía abierto para dejar ver los almireces, los trozos de cadenas, la romana, varias pesas oxidadas de doscientos, quinientos e incluso mil gramos...; así hasta completar la media docena de pasos, momento en que se llegaba al final de la habitación y el visitante encontraba frente a él la cuna lacada en blanco, con su chichonera intacta; junto a ella, la negrísima Underwood, una antiquísima máquina de escribir fruto de sus primeros rastreos, y a la que le vendría de

perillas una mesa sobre la que descansar después de tanto tecleo y empachón de tinta.

–A lo mejor alguien escribió sus cartas de amor en ella –se aventuró a decir Marcos.

–Las cartas de amor, cacho pendón, se escriben a mano –sentenció doña Pía–. –Además –prosiguió–, dudo que alguien escribiera con semejante trasto sin cometer faltas de ortografía –a doña Pía se le escapaban los ojos tras la pareja de candelabros (sin historia) a los que quitaba celosamente el polvo.

–Doña Pía –a Marcos se le delataba una incipiente gripe en el brillo de los ojos–, ¿no tendrá por casualidad algún libro donde vengan los mares?

–¿Los mares? –alentaba los candelabros hasta cubrirlos de vaho–. En el atlas de la enciclopedia tienes todos los que quieras –los frotaba y frotaba con mimo hasta sacarles el brillo–. Pero..., ¿se puede saber a santo de qué viene esa cara tan mustia?

–Yo creo que me ha subido la fiebre.

–Señal de que aún alientas. Mejor será que te metas en la cama –le tocó las sienes y la frente, le obligó a sacar la lengua–. ¡Venga, venga, a sudar entre las sábanas!

¡Menudo librote el atlas! Su largura casi coincidía con el ancho de la cama.

«No hay mar ni en Toledo, Ávila, Segovia, Cuenca y Guadalajara…»

–El atlas es antiguo; pero tampoco creo que se hayan movido de su sitio.

«Tampoco pasa el mar por Badajoz, Cáceres, Salamanca, Valladolid y Zamora…»

–Que recuerde, se lo regaló a mi difunto marido un amigo suyo que era Inspector de Primaria.

«… ni por Palencia ni por Soria…»

–Treinta y ocho y medio. De ésta la cascas. ¿A quién se le ocurre tener calenturas por culpa de unos cubos!

«El mar de arriba se llama Cantábrico. Es un mar bravo, muy bravo».

–Tampoco se acaba el mundo porque a uno le quiten la basura de su vista –le diluyó una aspirina en una cucharada de agua–. ¿No me negarás que es mucho más higiénico?

–Ya –condescendió Marcos–. Y continuó anotando:

«El mar Mediterráneo baña las costas de Gerona, Barcelona, Tarragona…»

Doña Pía tenía razón, ¡la de mares que bordeaban aquel viejo atlas! Mas, una vez conocida su ubicación más o menos lejana, a Marcos se le planteó otro pequeño problema: debería averiguar en cuál de ellos las resacas eran más livianas.

«El viento produce las olas. Las olas van creciendo hasta encresparse y acaban rompiéndose contra las rocas…»

–Doña Pía, ¿a que cuesta creerse que bajo el mar haya volcanes? Aquí lo dice.

–¿Volcanes? ¡Anda ya! ¿Cómo puede haber fuego bajo el agua?

«El nivel del agua del mar baja dos veces al día. Bajamar: marea baja».

–¿Ya has cobrado tu pensión?

«El nivel del agua del mar sube dos veces al día. Pleamar: marea alta».

–No te hagas el sordo, no. Recuerda que prometiste invitarme a una tostada de nata.

«En el Mediterráneo la amplitud de las mareas rara vez sobrepasa los cuarenta centímetros. Las aguas del Mediterráneo, debido a la evaporación, son hipersaladas…»

–¿Hipersaladas? A, b, c, ch, d, e, f, g, h, haba, hechi..., ¡hi, hi, hi!, hipar, hiper (aquí está), hiper de hipersaladas: «**Que denota superioridad o exceso».** ¿Denota? ¿Denota...? A, b, c, ch, d, dable, décimo, dec-, ded-, deletreo, demandante, denostar, ¿denostar...?, no, no, de-no-tar, denotar: «**Indicar, anunciar, significar**». Ya, ya. O sea, las aguas del mar Mediterráneo son excesivamente saladas. Doña Pía, ¿sabía usted que el agua del Mediterráneo es hipersalada?

¿Qué decía? ¿O acaso deliraba? Más le valdría dejarse de tonterías. ¡Hale, hale, que cerrara la enciclopedia, y si quería conversación que conversara con la almohada!

Marcos esbozó una amplia y febril sonrisa. ¡Qué ganas de ver ese mar (sin resaca)! Pronto podría contemplar la infinidad de tesoros que las olas transportaban en sus crestas hasta hacerlos varar en la playa. Posiblemente viajara de noche, como en el sueño, *«¿sabes, Marcos?, ¡se duerme de maravilla en uno de esos coches-cama*! Por fin tomaría el tren: *«Señores pasajeros, electrotrén con destino a…»*

–¡Rediós! –masculló–. ¡De este verano no pasa!

AYUNTAMIENTO DE VILLAVA
ATARRABIAKO UDALA

SERVICIOS DE CULTURA Y EUSKERA
KULTURA ETA ZERBITZUAK EUSKARA

BEL·ONAK

PATROCINA/BABESLEA:

CAJA PAMPLONA
Caja de Ahorros Municipal de Pamplona